

XXX Domingo del Tiempo Ordinario C

No basta ser decentes

"Otros niveles, se da una actitud paternalista que mantiene a muchos cristianos en calidad de ovejas negras, vetados para participar en la vida fraterna.

Además, algunos cristianos fomentan un complejo de superioridad. Su apostolado nace de la compasión hacia los otros y no de un deseo de realizar su vocación cristiana.

Nos conviene pues leer esta parábola de los que subieron al templo para orar. El uno fariseo y el otro publicano.

San Lucas precisa que el Maestro la explicó por algunos que, "convencidos de ser justos despreciaban a los demás".

¿Formaremos nosotros parte de ese grupo?

Jesús presenta al publicano cómo modelo, no por sus pecados, que probablemente eran reales, sino por su humilde y confiada actitud.

Se reconoce pecador: Algo que para la mayoría de nosotros es difícil. Pero a la vez, espera en el Señor: Ten piedad de mí.

La moral actual, iluminada por las ciencias, nos enseña a distinguir, entre complejo de culpa y arrepentimiento cristiano.

El primero es la posición enfermiza, derrotada y a veces orgullosa, de quien se reconoce irremediabilmente sumergido en el mal.

Por el contrario, el arrepentimiento cristiano evalúa con realismo sus fallos, pero advierte que no todo se ha perdido.

Comprende que el Señor es más grande que todos los pecados del mundo y esta verdad nos abre a la esperanza.

Porque bajo el mal que nos oprime, revientan cada mañana las semillas del bien, bajo la acción bienhechora del Creador. Al calor de su invencible corazón.

Dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, despreciaban a los demás: Dos hombres subieron al templo a orar". San Lucas, cap. 18.

Humildemente confesamos que, en muchas épocas, nuestra religión se ha dejado contagiar de fariseísmo.

Mantener la imagen social parece lo esencial para muchos cristianos.

Entonces la enseñanza religiosa se orienta a promover a los buenos, quienes ya han financiado su salvación.

Olvidamos que Dios es el que salva. El que comparte con los hombres su bondad. El único capaz de sanar convenientemente a los hombres.

De allí nació una doble moral, que en lenguaje del pueblo se llamó "La ley del embudo": Amplitud de un lado, para evaluar nuestro comportamiento. Estrechez del otro, para juzgar a los demás.

Los buenos rezaban frecuentemente por la conversión de los pecadores, sin advertir que ellos mismos estaban urgidos a acudir al perdón de Dios.

La forma cómo juzgamos a un hijo vicioso, a una joven caída, es expresión clara de nuestro fariseísmo.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y